Revista do Programa de Pós-Graduação em História
Universidade Federal do Rio Grande do Sul
e-ISSN 1983-201X
https://seer.ufrgs.br/anos90

"¡Con los gauchos no!" Tradicionalistas frente a académicos. La historia argentina en perspectivas desencontradas (1943-1998)

"¡Not with the gauchos!" Traditionalists against academics. Argentine history in contrasting perspectives (1943-1998)

Matias Emiliano Casas
mecasas@untref.edu.ar

RESUMEN: Hacia mediados del siglo XX, la figura del gaucho se había establecido como un símbolo para la Argentina. Un conjunto de factores había posibilitado su ascenso, que lo consagraba como una pieza ineludible de la identidad nacional. Los círculos criollos y centros tradicionalistas se constituyeron como un bastión de esa cultura y proliferaron en diversas ciudades del país. Esos grupos produjeron relatos sobre la historia nacional y difundieron una visión del pasado que indefectiblemente encontraba a los gauchos en el centro de los episodios más revisitados. En este artículo, se explora cómo se vincularon las agrupaciones tradicionalistas con la historia académica. Los "gauchescos" se lanzaron a diferentes cruzadas contra el "academicismo" y discutieron públicamente la historia argentina. Atentos a la circulación de estudios históricos que podían tensionar sus narrativas sobre el pasado gauchesco, los refutaron e intentaron desprestigiar a distinguidos historiadores. Los argumentos de esa oposición se analizan a través del estudio de las publicaciones de Emilio Coni y Enrique de Gandía, de los documentos internos de agrupaciones tradicionalistas, de las actas de la Confederación Gaucha Argentina, del proyecto de ley para instituir el Día Nacional del Gaucho y de las intervenciones mediáticas del comodoro Juan José Güiraldes.

PALABRAS clave: Historia argentina – Academicismo – Tradicionalistas – Gaucho

*E-mail:
https://orcid.org/

DOI: 10.22456/1983-201X.XXXXXX
Anos 90, Porto Alegre, v. 31 – e202XXXXX – 2024

Este é um artigo Open Access sob a licença CC BY

RESUMO: *Em meados do século XX, a figura do gaúcho consolidou-se como um símbolo da Argentina. Um conjunto de fatores tornou possível a sua ascensão, o que a consagrou como peça fundamental da identidade nacional. Os círculos crioulos e centros tradicionalistas estabeleceram-se como bastião dessa cultura e proliferaram em diversas cidades do país. Esses grupos produziram histórias sobre a história nacional e difundiram uma visão do passado que inevitavelmente colocou os gaúchos no centro dos episódios mais revisitados. Este artigo explora como os grupos tradicionalistas se relacionaram com a história acadêmica. Os "gauchescos" lançaram diversas cruzadas contra o "academicismo" e discutiram publicamente a história argentina. Atentos à circulação de estudos históricos que pudessem tensionar suas narrativas sobre o passado gaúcho, refutaram-nas e tentaram desacreditar historiadores ilustres. Os argumentos dessa oposição serão analisados através do estudo das publicações de Emilio Coni e Enrique de Gandía, dos documentos internos dos grupos tradicionalistas, das atas da Confederação Gaúcha Argentina, do projeto de lei que institui o Dia Nacional do Gaúcho e das intervenções midiáticas do comodoro Juan José Güiraldes.*

PALAVRAS-CHAVE: *História argentina – Academicismo - Tradicionalismo - Gaúcho*

Introducción

Hacia mediados del siglo XX, la figura del gaucho se había establecido como un símbolo para la Argentina. Un conjunto de factores había posibilitado su ascenso, que lo consagraba como una pieza ineludible de la identidad nacional (Cattaruzza y Eujanían, 2002, pp. 97-98). Reconocimientos oficiales, festividades, representaciones artísticas, intervenciones de intelectuales y agrupaciones civiles, entre otros, fomentaron la evocación de la cultura gauchesca con diferentes propósitos. Los círculos criollos y centros tradicionalistas se constituyeron como un bastión de esa cultura y proliferaron en diversas ciudades del país. Además de poner en escena prácticas y costumbres rurales ligadas a la ganadería decimonónica, configuraron sus propios rituales, estatutos y normas para erigirse como censores de las genuinas tradiciones. Así, produjeron relatos sobre la historia nacional y difundieron una visión del pasado que indefectiblemente tenía a los gauchos en el centro de los episodios más revisitados.

Los círculos criollos –o centros tradicionalistas dependiendo la denominación adoptada por cada asociación– autoproclamaron su legitimidad como espacios de conservación y reproducción de las tradiciones argentinas desde los momentos de su fundación. Además, tanto las publicaciones locales como los periódicos de mayor tirada refrendaban esa condición y solían celebrar las prácticas de esas agrupaciones como efectivas muestras de conservación de la tradición argentina. La presencia mediática de los centros tradicionalistas se comprendía no sólo por la organización y participación en diversos actos, sino también por los vínculos que conformaron con los responsables de revistas y diarios. Por ejemplo, la Agrupación Bases de La Plata mantenía un intercambio de correspondencia frecuente con el director de la revista *Nativa*, Julio Díaz Usandivaras. Un vínculo similar se desplegó entre el Círculo Criollo El Rodeo y el director de *El Hogar*.[1] Otro de los mecanismos de difusión que tenían los centros tradicionalistas eran las promociones de sus actividades en los periódicos locales. Por último, en algunas instituciones se alcanzaron a editar sus propios órganos de prensa, en general modestas revistas de aparición bimensual o trimestral (Casas, 2017).

El consenso alcanzado por la tradición gauchesca parecía inquebrantable. En tanto figura que condensaba la pretendida representatividad de la nación, el gaucho se transformó en un objeto de estudio para diferentes disciplinas. Durante la década del ochenta se publicaron trabajos clásicos para analizar la relevancia del jinete pampeano en la historia y la literatura argentina (Amaral, Mayo, Gelman y Garavaglia, 1987; Prieto, 1988; Ludmer, 1988). Recientemente, una serie de investigaciones confirmaron que la temática, lejos de encontrarse agotada, contiene un potencial particular para repensar

diferentes facetas del pasado cultural, social y político de la región (Peluffo, 2013; Schvartzman, 2013; Suárez, 2019; Adamovsky, 2019).

Entre esos trabajos, Ezequiel Adamovsky (2017) se concentró en las relaciones entre el criollismo popular y el revisionismo histórico. Allí, conectó el fenómeno de la literatura criollista con: la reivindicación de caudillos federales; el emparejamiento entre gauchos matreros y montoneros; la impugnación a los relatos históricos que omitían la opresión sufrida por los campesinos; las "memorias populares" que alimentaban la escritura de folletines centrados en experiencias levantiscas; y la "doble circulación" de temáticas históricas entre la cultura de masas y el campo intelectual. Esas conexiones se argumentaban desde la trayectoria de los actores involucrados en la escritura y en la representación de las historias de folletín.

Se pretende aquí complejizar el estudio de esas relaciones a partir de la observación de las agrupaciones tradicionalistas. Si la expansión de la literatura criollista evidenció diferentes niveles de contacto con la revisión de la historia argentina y la emergencia del revisionismo, es pertinente interrogarse por el rol de los centros criollos en ese proceso. Esos grupos tenían una ligazón evidente con la cultura gauchesca y con los productos masivos que se centraban en el gaucho y su entorno. No obstante, lejos de alimentar una representación contestataria e inquisidora del campesino pampeano, abonaron una imagen del gaucho bien alejada de los caudillos federales.

El escritor revisionista Pedro de Paoli desestimaba cualquier aporte de esos espacios para la lectura de la historia argentina: "La mayoría de los cultores criollistas, y lo mismo los innumerables centros tradicionalistas, se afanan por explicarnos cómo era el sombrero del gaucho [...] Pero rara vez se trata de la personalidad espiritual del gaucho y de la tragedia que culminó con su exterminio" (De Paoli, 1949, pp. 8-9). Ese distanciamiento podía suponer una identificación lineal entre los tradicionalistas y los historiadores académicos reconocidos hacia mediados de siglo XX, tiempo de la publicación de la obra de de Paoli. No obstante, en este artículo sostenemos que los tradicionalistas mantuvieron una oposición a la historia académica que se intensificó particularmente con algunos de sus exponentes. Ese rechazo, como se pretende demostrar aquí, se caracterizó por su prolongación a lo largo del siglo XX, por potenciar el encuentro y asociacionismo entre los grupos tradicionalistas y por intentar cristalizar una lectura particular (y exclusiva) de la historia argentina.

A partir de las publicaciones y conferencias de los historiadores Emilio Coni y Enrique de Gandía, de los documentos internos de agrupaciones tradicionalistas, de las actas de la Confederación Gaucha Argentina, fundada en la década del ochenta, del proyecto de ley para instituir el Día Nacional del Gaucho y de las intervenciones mediáticas del comodoro Juan José Güiraldes, referente de esos grupos, se indaga la relación entre los gauchos y la historia académica para analizar los fundamentos de su oposición. El recorrido cronológico de este estudio comienza en 1943 debido a la publicación de un libro que materializaba, por primera vez, las críticas de los tradicionalistas a las conferencias y publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, y finaliza en 1998 cuando el historiador Jorge Gelman fue increpado por el presidente de la Confederación Gaucha Argentina por sus estudios sobre el gaucho.

Gauchos *versus* Académicos

En 1959, Ricardo Codesido, un reconocido poeta gauchesco, publicó una compilación de sus escritos titulada *Chispas de mi fogón*. Allí, uno de sus versos afirmaba: "No vengo de la academia ande los criollos / hacen tropas lindazas de palabras / pa destacar lo grave de la forma / aunque vivan sin juerza sus versiadas" (Codesido, 1959, p. 17). Esa separación formaba parte de la narrativa gauchesca y se repetía en diferentes composiciones. La academia era identificada como un espacio ajeno y lejano a

las formas de expresión que circulaban entre los tradicionalistas. Sin embargo, como se mostrará más adelante, la oposición no era simplemente una cuestión de modos sino también de contenido.

El ingeniero agrónomo Emilio Coni había ingresado a la Junta de Historia y Numismática Americana a comienzos de la década del treinta. Se especializó en los estudios rurales y, en particular, se concentró en la actuación histórica del gaucho, en las modificaciones semánticas del término, en las diferencias regionales y en su sobrevida en el siglo XX. En menos de diez años, dictó cinco conferencias relacionadas a la materia. Luego de su fallecimiento, se publicó su mayor obra dedicada al tema: *El gaucho, Argentina, Brasil, Uruguay*. Allí se condensaron sus principales aportes. En tanto funciona como corolario de sus estudios, utilizaremos aquí esa publicación para resumir sucintamente sus consideraciones, dado que no forma parte de los propósitos de este artículo trazar una trayectoria historiográfica del autor sino analizar el impacto que tuvo su trabajo en los círculos tradicionalistas y las reacciones provocadas.

En términos generales, Coni refutaba la condición de símbolo del gaucho y atribuía la leyenda gauchesca que pretendía idealizarlo al "martinfierrismo del litoral" que abonaba esa representación. Desde sus primeras conferencias, se esforzó por desmitificar esa construcción (Coni, 1936, pp. 85-105). Como se puede prever, la postura del historiador entró en inevitable contradicción con los tradicionalistas.

Cuando se analizan con mayor detalle las investigaciones de Coni sobre el gaucho, se advierte que detrás de esa referencia regional que se manifestaba en la fórmula "martinfierrismo del litoral" se escondía una crítica hacia el protagonismo porteño en la definición de los elementos representativos para la nación (Coni, 1969, p. 26). De acuerdo con el historiador, en las provincias del interior se cuestionaba la artificialidad y el carácter "pueblero" de los poetas gauchescos. En esa línea, Coni intentaba distanciar al gaucho de Buenos Aires del poblador rural del interior a partir de la revisión de sus actuaciones históricas.

En primer término, desvinculó al gaucho de cualquier contribución positiva en el período revolucionario. Coni reconocía que los campesinos de Cuyo y Salta habían intervenido activamente en ese proceso, pero de ningún modo admitía al gaucho como parte de esas gestas. En sus palabras: "Mientras los argentinos vertían su sangre por la libertad del Perú, los gauchos porteños seguían asolando la campaña." (Coni, 1969, p. 194). La diferenciación llegaba al punto de separar al gaucho, que al momento de la publicación del libro ya contaba con un extendido reconocimiento oficial como arquetipo de la argentinidad, de la condición de argentino afirmando que no solo no había participado de la emancipación del territorio, sino que lo había obstaculizado con sus fechorías en la pampa.

La "gauchofilia", indicaba Coni, amenazaba con "aporteñar" a toda la Argentina. Unidos en un "fervor gauchesco", el historiador acusaba que los "gauchófilos" inventaban leyendas e imaginaban un protagonismo del jinete pampeano en cada acontecimiento significativo de la historia nacional (Coni, 1969, p. 273). En cambio, el académico asociaba al gaucho con la delincuencia y el bandolerismo. Para ello, se tomaba algunas licencias interpretativas, como la de definir un "tipo gauchesco" más allá del empleo del término o del reconocimiento como tal por los actores contemporáneos. De ese modo, adquiría una plasticidad llamativa para identificar (o desidentificar) como gauchos de acuerdo a su propia interpretación. En sus términos: "En Entre Ríos, en 1810, un vecino describe al gaucho local, aunque sin llamarlo así..." (Coni, 1969, p. 220). Entonces, Coni se reservaba la potestad de denunciar su presencia según encajara con el molde prefabricado por el mismo historiador.

Esa secuencia metodológica fue advertida rápidamente por los tradicionalistas que acusaron a Coni de "gauchofóbico" y "detractor". Incluso en estudios, alejados de esos ámbitos, se alertó sobre la operación del historiador: "En algunos de sus trabajos, no pudo disimular su gauchofobia, que lo llevó a extraer conclusiones equivocadas y, acaso, preconcebidas." (De Aparicio, 1953, p. 13). Las palabras del profesor Francisco de Aparicio, publicadas como prólogo del libro *El Gaucho* de Madeline Nichols,

refrendaban las teorías de los tradicionalistas quienes rápidamente se embanderaron detrás de Luis Pinto, miembro de Agrupación Bases de La Plata, socio fundador del centro tradicionalista La Cruz del Sur, de la ciudad de Buenos Aires, y colaborador del círculo criollo Leales y Pampeanos de Avellaneda.

En 1943, Pinto, quien hizo circular las interpretaciones de Coni editadas en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia.[2] publicó un libro titulado: *El gaucho y sus detractores. Defensa de las tradiciones argentinas. Reivindicación del gaucho*. En otro trabajo, analicé en profundidad los antecedentes que promovieron esa edición (Casas, 2018). El clima político en el país se encontraba atravesado por el golpe de Estado que había derrocado al gobierno conservador de Ramón Castillo. La dictadura militar, más allá de anunciar una nueva etapa para la Argentina, no innovaba en cuanto a la centralidad del gaucho como figura representativa para la nación. Así, se decretó la celebración del Día de la Tradición en todas las escuelas del país, festividad que se conmemoraba cada 10 de noviembre. En el marco de esos gobiernos de facto, emergió el movimiento que protagonizó la escena política argentina desde 1945. El peronismo intensificó el culto al gaucho que, con matices de acuerdo a los intereses partidarios, se consolidaba como emblema y dejaba cada vez menos intersticios para cuestionar su funcionalidad (Ruiz Díaz, 2021).

En ese contexto, Pinto dirigió el eje de su libro a contrarrestar las conferencias que pronunciaba Coni en la Academia, que hacia esos años se configuraba más como un recinto de encuentro para la cultura letrada que como un conjunto de historiadores profesionales, como lo sería tiempo más adelante (Devoto, 2019). Para eso, intentaba utilizar un registro similar al que circulaba en esos ámbitos. Es decir, Pinto realizó numerosas notas al pie con referencias bibliográficas y aclaraciones, además de emplear una escritura de estilo ensayística. Sin embargo, no pretendía involucrarse en la dinámica de la Academia sino mostrar que podía fundamentar sus posturas y refutar a Coni desde una publicación rigurosa.

En efecto, uno de los principales objetivos de su libro era distanciarse de la "tribuna académica" y denunciar al que denominaba como "historiador académico". La crítica a Coni consistía en citar pasajes textuales de sus trabajos y desarticularlos para desvincular al gaucho de cualquier connotación negativa. Atentar contra esa figura, identificándola con vicios, indolencia y vagancia, entre otras características, era para Pinto atentar contra la nación. Así, acusaba a los detractores de "antiargentinos" y resaltaba a los tradicionalistas como genuinos defensores de la "historia patria" (Pinto, 1943).

Luis Pinto expandió su discurso más allá de la tinta impresa. En el transcurso de dos años, el tradicionalista ofreció una serie de conferencias, todas asociadas a la postura de Coni. Los títulos eran testimoniales de sus intenciones: "El gaucho y sus detractores"; "Rehabilitación del gaucho"; "Gauchistas y antigauchistas" eran algunas de las charlas que brindó en diversas instituciones culturales de la provincia de Buenos Aires. La reacción cruzó el Río de la Plata al calor de los vínculos que habían gestado los tradicionalistas uruguayos y argentinos (Casas, 2021). Auspiciado por la Sociedad Criolla Dr. Elías Regules, una de las máximas referencias para las agrupaciones del sur de América, Pinto se presentó en Mercedes, con la conferencia "Defensa del gaucho rioplatense" y en Montevideo, con la disertación "En defensa del gaucho. Contra las teorías de un señor académico". Ese recorrido le permitió a Pinto posicionarse como un orador recurrente en menesteres gauchescos.

Así, fue invitado a pronunciarse en una exposición plástica sobre el *Martín Fierro*, organizada por la Casa Kraft en agosto de 1944. Allí compartió tribuna con el historiador Enrique de Gandía, quien desataría una nueva fase de la cruzada tradicionalista en detrimento de la Academia.[3] El orador se mostró adherido a las ideas de Coni con respecto a la actuación histórica del gaucho: "Es inútil que los polemistas esgriman letras de poesía, testimonios aislados y papeles anacrónicos. Su labor será siempre aplastada, en la primera polémica, por los cientos de pruebas indiscutibles que hacen del gaucho un hombre sin ley, sin moral, sin religión, sin principios, sin concepto de patria y sin ideal. El

gaucho era esto y querer negar esto es esfuerzo antihistórico, antiverídico y antipatriótico." (Citado en Pinto 1944, p. 29). De Gandía también desvinculaba al jinete pampeano de toda proeza en favor de la emancipación de la región y, en cambio, lo dejaba asociado a la figura de bandido, temerario para sus contemporáneos y poco adepto al trabajo.

Luis Pinto nuevamente se puso a la delantera para organizar una rápida respuesta. A los pocos meses publicó el libro *El gaucho rioplatense frente a los malos historiadores. Refutación a Enrique de Gandía*. En una de las agrupaciones que frecuentaba, se lanzaron folletos promocionales que afirmaban: "El GAUCHO ha sido calumniado, maltratado, injuriado, perseguido y desnaturalizado".[4] En su libro, Pinto reclamaba las "cientos de pruebas" que había enunciado el historiador: "¿Por qué no las ha dado? Tal vez en los recintos académicos se exima a los historiadores y detractores del gaucho de aportar pruebas, bien sea porque sus colegas siestean mientras uno perora o bien porque están todos de acuerdo con él." (Pinto, 1944, p. 30). De Gandía era acusado de expresarse más por prejuicios y pasiones que por interés histórico: "el historiador anda a los saltos, por seguir a su *ilustre maestro* Coni, planteando problemas que no resuelve ni intenta resolver siquiera" (Pinto, 1944, p. 38). Para devolver al gaucho al centro de la historia nacional, resaltando su positiva intervención, Pinto recuperaba autores consagrados, de diversa índole, y los referenciaba como pruebas que contrarrestarían, de acuerdo con su interpretación, las opiniones de de Gandía.

Entre las menciones a Pedro Goyena, Leopoldo Lugones, Bartolomé Mitre o Joaquín V. González, resaltaba una alusión a Domingo Sarmiento que le permitía a Pinto reconstruir la "protagónica" acción del gaucho en beneficio de la independencia de la Argentina. El tradicionalista retomaba un pasaje de la conferencia de Sarmiento, pronunciada para su recepción en el Instituto Histórico de Francia en 1848. Allí, el líder sanjuanino afirmaba: "De estos gauchos formó San Martín un regimiento a la europea, añadiendo a las dotes de equitador más osado del mundo, la disciplina y la táctica severa de la caballería del Imperio" (en Pinto, 1944, p. 45). En tanto se trataban de las palabras de uno de los máximos referentes de la historia nacional, Pinto engarzaba allí su discurso para extender el reconocimiento al gaucho en todas las contiendas por la emancipación.

Las refutaciones a Coni y de Gandía derivaron en un cuestionamiento general a la Academia Nacional de la Historia. Desde los tradicionalistas, se alimentó la dicotomía entre los saberes con pretensión científica y sus ensayos. Como si se tratara de una postura orgánica, se acusó a los académicos de agraviar la figura del gaucho y omitir su trascendencia en la historia argentina. Sin embargo, una revisión sobre las conferencias que se editaban en el Boletín de la Academia tensionaba seriamente esa lectura. En 1941, por ejemplo, José María Sarobe recordaba a los gauchos como "héroes anónimos" del proceso independentista (Sarobe, 1941, pp. 89-103). Esas definiciones no eran contempladas por los tradicionalistas quienes configuraban un nuevo enemigo, seguramente funcional a su cruzada. La defensa de una tradición siempre amenazada, ya no solo por las secuelas de la modernidad, sino por el avance de la historia académica, fundamentaba, legitimaba y proyectaba la razón de ser de los círculos criollos. En esas décadas en que se expandían y consolidaban, incorporaron a la Academia como uno de sus tantos enemigos. Así se cristalizó una relación de oposición que se sostuvo en el tiempo.

La Confederación Gaucha Argentina: entre tergiversaciones, olvidos y efemérides

En diciembre de 1981, se constituyó la Confederación Gaucha Argentina con el fin de reunir a los centros, fogones, fortines y a las federaciones, asociaciones y peñas de todo el país.[5] El objetivo era: "acordar unidad de concepto y acción al conocimiento, cultivo, preservación, enriquecimiento y divulgación de los valores emergentes de la tradición gaucha argentina". A los pocos meses de su

conformación, se aprobaron los estatutos y se oficializó la constitución de la entidad. Entre las motivaciones, se argumentaba: "por las firmes convicciones en cuanto a la nobleza del hombre argentino puesta al servicio de la causa nacional inspirada en la tradición, en los hechos liminares y capitales de la historia y en las profundas raíces de la religión católica, de la raza, de la civilización y de la cultura occidental".[6] La carta de presentación ponía en evidencia la continuidad de ciertas preocupaciones de largo aliento en el movimiento tradicionalista. En primer lugar, la pretensión de uniformidad. La reglamentación de sus actividades respondía a una minuciosa normativa sobre los atuendos, los accesorios, las actitudes y los comportamientos que eran considerados auténticos representantes de la tradición nacional y los que no. Así, se delimitaban el acceso y la participación de acuerdo al consenso alcanzado al interior de sus agrupaciones y federaciones. En esa línea, el afán asociativo de las agrupaciones gauchescas alcanzaba su punto máximo al configurar una estructura nacional. La organización era fundamental en dos direcciones: para institucionalizar las prácticas tradicionalistas bajo parámetros fijos y para lograr un mayor impacto en las actividades del movimiento. La Confederación reforzaba, rápidamente, el carácter católico y occidental de la tradición evocada. De ese modo, su fundación se conectaba con las experiencias de los primeros centros tradicionalistas.

El gestor principal de la iniciativa confederativa fue el comodoro Juan José Güiraldes. Se trataba de una figura polifacética. Era hijo de José Antonio Güiraldes, uno de los promotores de las primeras fiestas de la tradición e intendente de San Antonio de Areco, municipio de la provincia de Buenos Aires, a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, y sobrino del autor de *Don Segundo Sombra*. A su bagaje gauchesco se sumaba su formación militar. El comodoro se había egresado en el Colegio Militar de la Nación y especializado en aviación en la Royal Air Force de Gran Bretaña. Se desempeñó como director de operaciones del Aeropuerto Internacional de Ezeiza en 1949 y como presidente de Aerolíneas Argentinas durante la presidencia de Arturo Frondizi. En la arena política, se mostró cercano a la Unión Cívica Radical Intransigente y, posteriormente, al peronismo. Militó en la Unión del Centro Democrático UCEDE, partido liberal por el que se presentó como candidato a intendente de Areco en 1987, obteniendo una magra cosecha de votos. Además, ejercitó el periodismo, fue director de la revista *Confirmado* en 1965, y escribió libros referidos a la aeronáutica y a la cultura gauchesca. Entre sus múltiples actividades, Juan José Güiraldes se ocupó de subrayar su labor tradicionalista y su tarea como presidente de la Confederación Gaucha, cargo que ocupó desde su fundación hasta 1999.[7]

La condición reglamentada de esa labor tradicionalista ocupó a Güiraldes mucho tiempo antes de gestar la Confederación. A tono con las agrupaciones gauchescas que guardaban una celosa custodia de los trajes y los accesorios, según se señaló en el apartado anterior, el comodoro intervino en diferentes espacios para corregir lo que entendía como tergiversaciones o irrespetos en las evocaciones del gaucho. Lo hizo de manera activa, tanto en eventos que estaban directamente ligados a las actividades de los centros tradicionalistas como en otros en los que se convocaba al gaucho con propósitos disímiles. Por ejemplo, en 1968 las compañías de aviación Aerotransportes Litoral Argentino y Austral resolvieron que sus maleteros se vistieran con bombachas, corralera de color negro, botas de caña encarrujada, camisa, pañuelos blancos y fajas. Los "gauchos" funcionaban como símbolo del arraigo local y como foco de atracción para los turistas extranjeros.

La caracterización del personal aeronáutico a la usanza gauchesca generó la rápida reacción de Güiraldes. Avezado en los dos elementos que fusionaron las compañías, la aviación y la evocación del jinete pampeano, rechazó enérgicamente esa utilización. En el diario *La Nación*, publicó una solicitada que se titulaba: "Con los gauchos, no". En ese breve documento dedicaba la mitad del texto a consideraciones sobre el funcionamiento de las empresas aeronáuticas, cuestionando su gestión y sus proyecciones. En la última parte, el comodoro se detenía en la estrategia publicitaria:

> Es una jactancia insolente que humilla a los argentinos. El gaucho, el señor de las guerrillas, el héroe de las campañas al Desierto, el protagonista de nuestra riqueza nacional, Martín Fierro, Cruz y Santos Vega [...] es el símbolo de la Patria. Y su indumento, las bombachas, corralera, botas y pañuelo no pueden servir de disfraz a empresas de suyo extranjeras con pretendidos 'south american touch'. Ese mamarracho no puede tolerarse en nuestra tierra. Que la autoridad competente ponga fin a ese degradante carnaval (Güiraldes, 1969, p. 8).

Su mensaje se entroncaba con una inquietud histórica del movimiento tradicionalista. El uso de la indumentaria gauchesca como disfraz había atormentado a sus integrantes desde los tiempos fundacionales. Pronunciamientos como el de Güiraldes eran habituales, especialmente en épocas de carnaval. La utilización "non sancta" del atuendo, entendían, atentaba contra la sacralización del gaucho y, por lo tanto, debía erradicarse.

En línea con el celo por el atuendo gaucho, el comodoro Güiraldes estableció las condiciones necesarias para participar en los desfiles y bailes del Día de la Tradición. Durante la década del setenta, se involucró directamente con el desarrollo de la fiesta: amplió los programas, consiguió auspicios políticos, propagó los eventos en diferentes medios y, rigurosamente, reglamentó las prendas requeridas para formar parte de los festejos. Incluso antes de la fundación de la Confederación Gaucha, Güiraldes se había transformado en un referente del tradicionalismo argentino. Esa condición se potenció durante sus años como presidente de la entidad gauchesca que nucleaba a las agrupaciones de todo el país.

En 1986, con motivo del centenario del fallecimiento de José Hernández y del natalicio de Ricardo Güiraldes, la Confederación publicó un extenso documento denominado "El gaucho como arquetipo". El texto estaba firmado por el presidente, Juan José Güiraldes, y por el secretario, el escritor Ricardo Monserrat. El objetivo del documento, además de destacar las dos obras literarias de esos autores, era realizar un recorrido histórico sobre la figura del gaucho y "corregir" determinadas interpretaciones y evocaciones del mismo. La entidad promovía el "ser gaucho" como un ideal. Ni una devoción por el pasado, ni el "culto a los fantasmas", ni un mero símbolo. Al contrario, lo entendían como una imagen perdurable, una presencia arquetípica que se corporizaba, como en los tradicionalistas, alejándose de cualquier abstracción. Las virtudes del gaucho, creían, se continuaban como mandato para las generaciones siguientes. Por ese motivo, consideraban fundamental extirpar cualquier interpretación errónea de su trayectoria social.

En el texto, los tradicionalistas cargaban sus cañones contra dos representaciones que leían como tergiversaciones del gaucho. La primera hacía foco en su condición social y lo definía como víctima de un sistema inequitativo. La explotación, la opresión y la exclusión eran las condiciones que habían marcado su existencia. Esa interpretación podía encontrarse en ensayos e investigaciones históricas, como las que habían publicado Ricardo Rodríguez Molas (1968) y Andrés Carretero (1964) en la década del sesenta. La Confederación Gaucha Argentina desestimaba esa definición. Esas lecturas, entendían, buscaban "crear" dos responsables de los males del país: el militar y el estanciero. Dos sectores caros a la trayectoria del comodoro Güiraldes que eran vindicados en el documento. Para la entidad tradicionalista: "gaucho fue el general victorioso y gaucho fue el soldado del desierto redimido; gaucho fue el estanciero y gaucho fue el peón que compartió la soledad en la estancia perdida de la pampa. Ni los unos ni los otros fueron más ni menos gauchos" (Confederación Gaucha Argentina, 1986, p. 4).

En línea con ese análisis, la Confederación diferenciaba a los "gauchos alzados, los Juan Moreiras" de los gauchos trabajadores y los estancieros decentes. Los primeros eran definidos como meros delincuentes. Sus trayectorias, aseguraban los tradicionalistas, no podían utilizarse ni para acusar de inequitativo al sistema ganadero pampeano ni para descalificar al gaucho como arquetipo. Una vez disociadas esas figuras, en el documento se pormenorizaban las características del gaucho consagrado, basándose en las historias de Martín Fierro y Don Segundo Sombra.

La Confederación intentaba conectar al gaucho con todos los episodios destacados de la historia nacional. Incluso en una reseña sobre el conflicto por las Islas Malvinas se incorporaba un canto del personaje hernandiano para reforzar la postura: "la recuperación comenzada el 2 de abril de 1982 culminará positivamente merced a nuestra gaucha terquedad. 'Tras su manto de neblina / no las hemos de olvidar' y 'He jurado que jamás / me la han de llevar robada'. Martín Fierro" (Confederación Gaucha Argentina, 1986, p. 10). La frágil distinción entre la Marcha de las Malvinas y el poema escrito por José Hernández permitía engarzar a Fierro con la causa.

El repaso de tiempos pretéritos y la adhesión a campañas militares no eran las únicas funciones del gaucho. La Confederación Gaucha incorporó un diagnóstico sobre su sociedad contemporánea. Los tradicionalistas alertaban sobre un "proceso de desculturización" en marcha. Ese proceso, explicaban: "hace posible el trance de que un país católico por origen y por tradición se convierta en pasivo contribuidor a extravíos morales, como el aborto, la pornografía, el destape y la homosexualidad" (Confederación Gaucha Argentina, 1986, p. 14). Frente a ese escenario, exhortaban a tener "rediviva la fortaleza del gaucho", impermeable a esas influencias.

En el final del documento, se insistía con el poema de Hernández: "Martín Fierro no queda agotado en el último canto. Por el contrario, los hijos de Fierro no vagan como tristes fantasmas por los campos argentinos, sino que están en el gaucho de la estancia nueva; en las fábricas y en los talleres, en los laboratorios y en las aulas [...] no para ser una rémora sino un acento afirmativo" (Confederación Gaucha Argentina, 1986, p. 16). Los tradicionalistas buscaban interpelar a "los hijos de Fierro". Una sociedad corrompida, según su percepción, requería una nueva misión para el atareado gaucho.

De ese modo, desde la Confederación Gaucha Argentina se advirtió la necesidad de intensificar las conmemoraciones en torno al *Martín Fierro*. Un diputado de la (UCEDE), Alberto Albamonte, tomó la iniciativa y junto con Juan José Güiraldes auspiciaron un proyecto de ley para instituir el Día Nacional del Gaucho. En 1993 se oficializó la nueva efeméride. La fecha definida para su celebración fue el 6 de diciembre, día en el que se evoca la primera aparición de *El Gaucho Martín Fierro* en 1872. El calendario sumaba una nueva fiesta, que se hermanaba al Día de la Tradición en las bases de sus propósitos.

El comodoro Güiraldes entendía que esa nueva fiesta llegaba para dirimir definitivamente las lecturas erróneas sobre las características históricas del gaucho. A través del Martín Fierro, intentaba cristalizar una representación totalmente distante de aquellos gauchos folletinescos que se identificaban con la historia de Juan Moreira: "el tema martinfierrista es tan atractivo, no digo que sirva para todo, pero que sin duda ninguna mueve a reflexiones de las más diversas características con relación a las cuales, a lo mejor, no estamos de acuerdo". Frente a esa diversidad, el presidente de la Confederación se esforzaba por delimitar la adecuada interpretación: "El verdadero Martín Fierro es el que se atreve a decir 'Ave de pico encorvao / le tiene al robo afición / pero el hombre de razón / no roba jamás un cobre, / pues no es vergüenza ser pobre / y es vergüenza ser ladrón'. Es en *La Vuelta*, es en los consejos, cuando se redime a sí mismo".[8] En el final de la obra de Hernández, cuando luego de la deserción, el destierro, las muertes y los combates con la partida, el gaucho Fierro deviene en un padre consejero se sintetizaba la imagen que Güiraldes pretendía proyectar.

Su voz encontró eco en Alberto Albamonte, un empresario dedicado a la exportación e importación de productos ganaderos que había ingresado a la política de la mano de Julio Alsogaray. En 1987, fungió como diputado nacional por la UCEDE y cuatro años después lanzó su candidatura para la Gobernación de la provincia de Buenos Aires. Tras el cuarto puesto en la contienda electoral, renovó su cargo y desde allí postuló la iniciativa para homenajear al gaucho. La ley 24.303 fue promulgada el 30 de diciembre de 1993. Los fundamentos de ese proyecto se utilizaron como base para el libro *El gaucho, nuestro arquetipo. Símbolo y modelo*, que publicó Albamonte al año siguiente.

En esa obra se puede advertir una estrecha correspondencia entre las interpretaciones de Güiraldes y las que apuntalaron la sanción del Día del Gaucho. En efecto, el prólogo del libro quedó a cargo del comodoro y la primera parte es una recopilación de escritos del presidente de la Confederación Gaucha y del secretario, Ricardo Monserrat. En esas páginas se insistía en la funcionalidad del gaucho en el contexto finisecular. La caída del mundo bipolar ponía en el centro de la escena los discursos sobre las identidades nacionales y los procesos emancipadores. En ese marco, los gestores de la nueva efeméride compartían viejos diagnósticos sobre el carácter "adolescente" de la identidad argentina: "Todavía nos ganan la retaguardia elementos que procuran desnaturalizarnos". Las modas, el idioma inglés, los productos culturales masivos, etc. eran foco de alarma para la siempre amenazada "argentinidad". De modo nada original, se volvían a convocar a los "valores confrontables" del gaucho como respuesta. En su prólogo, el comodoro Güiraldes transcribía una página entera de consejos y expresiones que pertenecían a diferentes personajes del Martín Fierro y que pretendían condensar ese conjunto de valores. Albamonte, por su parte, presentaba a Fierro como un peón de estancia. Esa caracterización la reiteraba a lo largo de su explicación sobre la composición del poema, la cantidad de versos y las diferencias entre las dos partes. Con especial atención a la experiencia "cruel e injusta" del gaucho en la frontera, repasaba la "tremenda decisión [de Martín Fierro] de volverse gaucho matrero". El político señalaba la determinación de Hernández de convertir a su "héroe" en un "desertor y gaucho malo". No obstante, su condición de peón de estancia resurgía en la segunda parte del poema. El regreso, era celebrado en el ensayo que acompañaba la nueva efeméride: "En esta vuelta Martín Fierro se muestra respetuoso de las leyes y acepta, como legítima, la sociedad que en la primera parte había condenado" (Albamonte, 1994, p. 158). El símbolo y modelo que anunciaba el subtítulo del libro se encarnaba en esa conversión del protagonista hernandiano. Secundado por las alusiones a *Don Segundo Sombra* y custodiado por la Confederación Gaucha Argentina, el gaucho conquistaba un nuevo espacio entre las fiestas nacionales.

La injerencia de la Confederación en cada 6 de diciembre entró en discusión a los pocos años de consagrada la efeméride. En 1996, un decreto del Poder Ejecutivo resolvió la creación de la Comisión Nacional del Gaucho en el marco de la Secretaría de Cultura. El objetivo era controlar la organización y difusión de los eventos relacionados con esa celebración.[9] La entidad gauchesca discutió el decreto: "nuevamente el interés es apropiarse del gaucho como recurso para la politización, la ocupación de los espacios de poder de cualquier cuantía y la explotación mercantil".[10] El documento, firmado por Güiraldes y Monserrat, reclamaba la tutela del homenaje -y del gaucho-. Hasta su muerte, en 2003, el comodoro siguió oficiando como especialista, censor e inquisidor del gaucho. Sus intervenciones llegaron incluso a desestimar a historiadores académicos, como lo había ensayado Luis Pinto en la década del cuarenta,

En 1998, el diario *Clarín* publicó una entrevista al historiador Jorge Gelman con el título "El gaucho argentino fue un mito". Con motivo de sus permanentes avances en investigaciones sobre la historia agraria de la región, el periodista Jorge Halperín le realizó una serie de preguntas que insistían en la existencia real del gaucho y en la construcción mitológica de su figura. Allí, Gelman mencionaba que, junto con otros especialistas, habían profundizado los estudios sobre las sociedades rurales pampeanas. Los frutos de esos trabajos daban cuenta de una realidad que distaba mucho de las imágenes de grandes estancieros y gauchos que se desplazaban libremente por el "desierto" (Gelman, 1995). En cambio, explicaba: "En Buenos Aires lo que predominaba era la pequeña y mediana producción de tipo familiar, gente que trabajaba arduamente la tierra". Ávido de un titular para la nota, el periodista persistía: "Entonces, ¿el gaucho finalmente no existió?". El historiador matizaba esa definición y concluía: "si existía -y muy parcialmente, creo que sí- era un personaje muy poco presente en ese mundo".[11] Las repercusiones de esa entrevista eran recordadas por Gelman:

> Me paraban por la calle para preguntarme, cuando no para increparme por decir semejantes 'mentiras'. Una conocida periodista me invitó a un programa de radio y durante la entrevista llamó el comodoro Güiraldes [...] quien me reprendió por mis dichos en el diario y en ese programa y terminó preguntándome 'Gelman, Gelman, ¿de dónde es ese apellido? ' La cuestión era obvia para semejante personaje: ¡cómo alguien con un apellido judío se atrevía a cuestionar al gaucho! (Gelman, 2017, p. 51).

La intervención del presidente de la Confederación Gaucha Argentina revelaba diferentes características de su gestión y del funcionamiento de esa entidad. Güiraldes se entendía a la vanguardia de una cruzada gaucha. Alerta a cualquier discurso que pudiera alterar la razón de ser de la agrupación, buscaba desarticularlo y erigirse como el máximo defensor de las tradiciones argentinas. En esa línea, el comodoro no vacilaba en objetar un trabajo académico ni en descalificar a su autor por su apellido de origen judío. Al mismo tiempo, la mención antisemita de Güiraldes ponía en evidencia los "argumentos" de esa confrontación.[12] Los tradicionalistas "defendieron" al gaucho con interpretaciones esencialistas sobre su condición de arquetipo y convencidos de la tutela exclusiva que ejercían sobre su figura.

Esa condición era validada en distintos ámbitos. Como ejemplifica el episodio con Gelman, al comodoro Güiraldes se le otorgaba voz para intervenir públicamente sobre asuntos gauchescos. Hacia finales del siglo XX, la Confederación que había fundado reunía aproximadamente 150.000 miembros, tenía federaciones en todas las provincias y nucleaba más de un centenar de centros tradicionalistas. Su influencia le permitía alzar la voz para intentar cristalizar una lectura del pasado argentino, centrada en el gaucho y en su idealizada trayectoria. De ese modo, actualizó una vieja cruzada de los tradicionalistas y cargó contra las investigaciones académicas que tensionaban sus relatos.

Conclusiones

Los grupos tradicionalistas fueron conquistando un espacio significativo en el escenario cultural argentino. Mientras que el gaucho fue ganando lugar como figura arquetípica de la nacionalidad, los grupos que lo representaban eran convocados para diferentes eventos. La presencia de los miembros de las agrupaciones parecía garantizar la tónica "argentinista" de los acontecimientos. Esa presencia se replicaba en la prensa, en los espectáculos que organizaban, en las efemérides que se instituían y en la articulación de sus experiencias. De ese modo, los tradicionalistas fueron consolidándose como voces autorizadas para intervenir en cualquier asunto vinculado con la cultura gauchesca y, a través de esa vía, de interpretaciones y lecturas sobre el pasado argentino.

A comienzos de la década del cuarenta, cuando esas agrupaciones comenzaban a realizar actividades conjuntas, encontraron en Emilio Coni un discurso disonante que contradecía la supuesta relevancia del gaucho en la historia nacional. Sus estudios desanclaban a la figura pampeana de los acontecimientos más significativos del pasado argentino. En suma, el gaucho como sujeto histórico era identificado con la delincuencia y la indolencia antes que con la gesta independentista. Consideraciones como esas, enunciadas en el ámbito académico y difundidas desde su publicación, no solo atentaban contra las interpretaciones de los tradicionalistas sobre la historia nacional, sino que ponían en cuestión la razón de ser de esos grupos, centrados en reivindicar la figura del gaucho. Por ese motivo, Coni fue identificado como una amenaza y sus conferencias fueron entendidas como una postura orgánica de la Academia.

La intervención de Enrique de Gandía en la exposición martinfierrista exacerbó esa interpretación. Hacia 1945, los tradicionalistas no dejaban duda sobre la existencia de un nuevo enemigo. Los "malos historiadores" ponían en jaque al gaucho, pero, sobre todo, los ponían en jaque a ellos, a sus prácticas y

a su tradición evocada. En rigor, desmitificaban uno de los relatos que se hacía fuerte en otros ámbitos y que encontraba cierta correspondencia con otros actores (como los medios de comunicación o los funcionarios). En cambio, la Academia se cristalizó como un espacio de oposición y rechazo para los centros tradicionalistas. Los enunciados de Coni y de Gandía activaron una postura cara a los intereses de esos grupos, la de colocarse a la defensiva y sostener sus actividades como una reacción a diversas características de su sociedad contemporánea.

Hacia finales del siglo XX, los tradicionalistas conservaban esa condición de garantes y censores de las tradiciones. Más aún, encontraron en representantes del poder político el entendimiento necesario para instituir una nueva efeméride en favor del gaucho como figura representativa de la nacionalidad. En Argentina, cada 6 de diciembre se celebra el día del gaucho reforzando el relato sobre su centralidad en la historia del país. Esas conquistas reforzaron la intransigencia de los tradicionalistas y reavivaron sus refutaciones a las investigaciones académicas que cuestionaron ese protagonismo. Entonces, detrás de la infundada crítica del comodoro Güiraldes a Gelman, se desvelaba la autoridad de la que se veía infundido para discurrir sobre la historia argentina mientras quedaba en evidencia la vigencia y la influencia de los tradicionalistas para fijar una visión, ciertamente idealizada, del pasado de la región.

Referencias

ADAMOVSKY, Ezequiel. ¿Un "revisionismo popular"? Criollismo y revisionismo histórico en Argentina. *História da Historiografía*, Mariana, n. 24, p. 77-96, oct. 2017.

ADAMOVSKY, Ezequiel. *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2019.

ALBAMONTE, César. *El gaucho: nuestro arquetipo*. Buenos Aires: Promoar, 1994.

AMARAL, Samuel, MAYO, Carlos, GELMAN, Jorge, GARAVAGLIA, Juan Carlos. Estudios sobre el mundo rural. Polémica: gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial. *Anuario IEHS*, Tandil, v. 10, n. 2, p. 33-70, dic. 1987.

BUCHBINDER, Pablo. De coleccionistas y numismáticos a historiadores profesionales: notas sobre los orígenes de la Junta de Historia y Numismática Americana. *Historiografías*, n. 26, p. 54-77, jul. 2023.

CARRETERO, Andrés. *El gaucho, mito y símbolo tergiversados*. Buenos Aires: Escorpio, 1964.

CASAS, Matías E. Los "enemigos" de la tradición. Los detractores del gaucho en la coyuntura de su oficialización como arquetipo nacional argentino (1939-1944). *Quinto Sol*, La Pampa, v. 22, n. 1, p. 1-26, ene. 2018.

CASAS, Matías E. Tradicionalistas y rioplatenses: una mirada a las relaciones culturales entre Argentina y Uruguay (1927-1948). *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo*, n. 9, p. 209-240, jun. 2021.

CASAS, Matías E. *Las metamorfosis del gaucho. Círculos criollos, tradicionalistas y política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1960*. Buenos Aires, Prometeo, 2017.

CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIAN, Alejandro. Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro: tradiciones en pugna (1870-1940). *Prismas. Revista de historia intelectual*, Quilmes, n. 6, p. 97-120, jun. 2002.

CODESIDO, Ricardo. *Chispas de mi fogón*. Buenos Aires: Perlado, 1959.

CONFEDERACIÓN GAUCHA ARGENTINA. Dos centenarios muy significativos. s/d, 1986.

CONI, Emilio. Contribución a la historia del gaucho. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, Buenos Aires, t. IX, p. 85-105, 1936.

CONI, Emilio. El gaucho, Argentina, Brasil, Uruguay. 2ed. Buenos Aires: Solar / Hachette, 1969.

DE PAOLI, Pedro. *Trayectoria del gaucho*, 2 ed. Buenos Aires: Ciorda y Rodríguez, 1949.

DEVOTO, Fernando. La Academia Nacional de la Historia en sus primeros ochenta años: entre tradición e innovación. *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, v. 67, 2019.

GELMAN, Jorge. “De la historia agraria a la historia de las desigualdades. Un recorrido y varios homenajes”. *Anuario IEHS*, v. 32, n. 2, p. 47-58, dic. 2017.

GELMAN, Jorge. El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina. *Entre-pasados, Revista de Historia*, v. 9, a. 5, p. 27-37, dic. 1995.

GÜIRALDES, Juan José. “Con los gauchos no”. *La Nación*, 27 de noviembre de 1968, p. 8.

LUDMER, Josefina. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.

NICHOLS, Madeline. *El gaucho*. Buenos Aires: Peuser, 1953.

PELUFFO, Ana. “Gauchos que lloran: masculinidades sentimentales en el imaginario criollista”. *Cuadernos de Literatura*, Bogotá, v. 33, n. 17, p. 187-201, ene. 2013.

PINTO, Luis. *El gaucho y sus detractores. Defensa de las tradiciones argentinas. Reivindicación del gaucho*, Buenos Aires, El Ateneo, 1943.

PINTO, Luis. *El gaucho rioplatense frente a los malos historiadores (refutación a Enrique de Gandía)*. Buenos Aires: Ciordia y Rodríguez, 1944.

PRIETO, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 1988.

RODRÍGUEZ MOLAS, Ricardo. *Historia social del gaucho*. Buenos Aires: Ediciones Marú, 1968.

RUIZ DÍAZ, Emiliano. *Antología gauchiperonista*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2021.

SAROBE, José M. La caballería gaucha; sus armas, su táctica, su espíritu”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, v. XIV, p. 89-103, 1941.

SUÁREZ, Nicolás. Los gauchos angloparlantes y la pampa en Technicolor: versiones y perversiones del Martín Fierro en Way of a Gaucho (1952) de Jacques Tourneur. *452°F. Revista de Teoría de Literatura y Literatura Comparada*, Barcelona, n. 20 p. 126-148, ene. 2019.

Notas

[1] Muestras de esas correspondencias se conservan en los archivos de esas agrupaciones. Por ejemplo, Carta de Julio Díaz Usandivaras a Francisico Timpone, Archivo de Agrupación Bases, Museo Almafuerte, La Plata, 29 de septiembre de 1939; Comunicado de León Zoneli, director de *El Hogar* a la comisión directiva de El Rodeo, Archivo del CCER, Moreno, Buenos Aires, diciembre de 1952.

[2] En 1938, el presidente argentino, Agustín Justo, decretó el cambio de nombre de la Junta de Historia y Numismática que pasó a denominarse Academia Nacional de la Historia. Esa oficialización intensificó los vínculos con el Estado al tiempo que puso en evidencia el interés creciente del ámbito político por las lecturas del pasado (Buchbinder, 2023).

[3] Enrique de Gandía era uno de los historiadores académicos más reconocidos del período. Además de participar activamente como miembro de diferentes instituciones, en los años en que era acusado por Pinto, se le reconocía su trayectoria otorgándole la dirección del Museo Histórico Cornelio Saavedra (Devoto, 2019).

[4] Volante promocional del libro *El gaucho rioplatense frente a los malos historiadores*, Archivo de Agrupación Bases. Archivo de la Agrupación Bases. Tomo II. Museo Almafuerte. La Plata.

[5] Tanto la estructura interna de la Confederación Gaucha Argentina como su articulación con las numerosas asociaciones preexistentes ameritaría un trabajo específico. En principio, se señala el propósito fundacional de alcanzar una institucionalidad sólida que abarcara a todas las provincias argentinas. En los inicios se registraron tres tipos de vínculos: directamente con fogones y agrupaciones; con asociaciones provinciales que nucleaban a círculos y centros criollos; y con federaciones provinciales que representaban a numerosas asociaciones. Ese fue el caso de la Federación Gaucha Bonaerense, constituida a comienzos de los años cuarenta como un desprendimiento de la Agrupación Bases.

[6] *Estatutos de la Confederación Gaucha Argentina*, 18 de septiembre de 1982. Un ejemplar del documento se encuentra en el archivo del Círculo Criollo El Rodeo, Moreno, Buenos Aires.

[7] Una reseña de su biografía se encuentra en la resolución de la Cámara de Diputados de la Nación que expresaba el pesar por el fallecimiento de Juan José Güiraldes, ocurrido el 18 de septiembre de 2003, proyecto presentado por la diputada Olijela del Valle Rivas y aprobado por la Comisión de Cultura. Allí se lo destacaba como “símbolo de la tradición y nacionalidad”. Documento disponible en: https://www4.hcdn.gob.ar/dependencias/dcomisiones/periodo-120/120-2866.pdf consultado el 17 de diciembre de 2021.

[8] Las transcripciones de este párrafo se corresponden a una entrevista realizada en Canal 7 (la Televisión Pública de Argentina) en el programa “Historia Confidencial”, el 16 de noviembre de 2001. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=6FCrz7ExbIk consultado el 10 de octubre de 2021.

[9] Boletín Oficial de la República Argentina, 2 de octubre de 1996. Disponible en https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/7162259/19961002 consultado el 3 de noviembre de 2021.

[10] Solicitada de la Confederación Gaucha Argentina titulada “Sobre una llamada Comisión Nacional del Gaucho”, 20 de octubre de 1996. Archivo del Círculo Criollo El Rodeo.

[11] *Clarín*, 5 de abril de 1998. Disponible en https://www.clarin.com/opinion/gaucho-argentino-mito_0_HJqfzJy8he.html consultado el 13 de noviembre de 2021.

[12] En una entrevista realizada para un programa local de San Antonio de Areco denominado “Razones y pasiones”, Juan José Güiraldes reflexionaba sobre su trayectoria. Allí, reconocía: “Se me acabaron las fobias. Yo soy un gran amante de las filias y no me gustan las fobias. Me costó mucho trabajo comprender lo judío, por ejemplo. Yo durante una etapa bastante larga de mi vida debo de haber sido antisemita”. El comodoro utilizaba el tiempo pasado para referirse a su antisemitismo, no obstante, su participación en el programa de televisión era contemporánea al episodio con el historiador Jorge Gelman. La entrevista se encuentra disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=YDvvnkReuh8 consultado el 14 de octubre de 2021.

Submetido em: 13/11/2023
Aceito em: 20/10/2024